
E D I T O R I A L

Cuando este escrito aparezca, ya habrán pasado algunos meses desde la finalización del Noveno Congreso Nacional de Modelos de Investigación Educativa y aunque la distancia resta frescor al recuerdo, como contrapartida, aporta una importante dosis de objetividad en las valoraciones que se puedan efectuar sobre un hecho determinado.

Es desde esa perspectiva más sosegada, desde la que queremos invitaros a reflexionar sobre el mismo. El Congreso pretendía despertar nuestra conciencia colectiva ante aspectos que como área no podemos ignorar, bástenos citar como más emblemáticos entre los que aparecieron en las presentaciones y en los debates: la complejidad creciente de los escenarios educativos y de los contextos de investigación, la aparición de nuevos valores surgidos de los enfoques postmodernos, la presencia cada vez más activa de colectivos históricamente desmovilizados en su participación en la toma de decisiones y en la asunción de responsabilidades investigadoras y la creciente importancia como objeto y sujeto de estudio de lo diverso y de lo marginal.

Todo ello está comportando la urgencia de generar nuevas actitudes y respuestas no siempre fáciles de vertebrar, que nos conduce ineludiblemente como área de conocimiento, a la necesidad de incorporar nuevos enfoques sociológicos, a la ampliación y profundización de nuestro repertorio metodológico, a la incorporación decidida de las nuevas tecnologías y a la obligatoriedad moral de asociar nuestra investigación a la realidad y a las necesidades sociales.

Complejidad, diversidad, culturalización, creatividad, actualización y compromiso son sin duda los parámetros básicos que en el futuro deberían establecer las reglas del juego de nuestra actuación. Eludirlos comportaría, sin duda, una importante dosis de desprofesionalización.

La Universidad, en su autosuficiencia, es un caldo de cultivo único de actitudes de desvinculación del conocimiento frente a la realidad y donde la impunidad facilita el enquistamiento del pensamiento y el uso repetido de modelos y formas de proceder periclitados. La alienación es, posiblemente, uno de nuestros grandes peligros.

Al tiempo, su libertad e independencia de actuación (consustanciales a la propia Institución), la formación y capacitación de sus componentes, los medios y recursos de que dispone y la tradición, prestigio y compromiso histórico acumulados, constituyen un activo tan importante que hacen del sistema universitario el más capacitado para actuar de punta de lanza en lo científico y de revulsivo y de instrumento de cambio en

lo social. No aprovecharlo, dejándonos arrastrar por ciertas actitudes, constituiría una de las mayores irresponsabilidades en las que podríamos incurrir y a las que ciertamente algún día deberíamos dar cuentas.

El papel de nuestra asociación en este dibujo que la nueva realidad está trazando, es la de facilitar los procesos profesionalizadores, bien sea debatiendo de forma continua las metas y los objetivos a atender, o bien propiciando la creación de grupos de pensamiento y de investigación potentes y rompedores que abran el camino a los demás y que sirvan de catalizadores del colectivo y por supuesto también forma parte de nuestra responsabilidad como asociación, ejercer la crítica frente a las actitudes y situaciones que hemos catalogado de alienantes.

Sin embargo posibilitar lo anterior exige de una nueva arquitectura organizativa mucho más ágil y dinámica de la que hasta ahora hemos tenido. A este objetivo le dedicamos (tímidamente) parte de nuestras reflexiones en el Congreso, donde aceptamos la idea de descentralización y fortalecimiento efectivo de las diferentes demarcaciones territoriales dotándolas para ello de presupuesto propio y también la afirmación de la importancia del Congreso y de las Revistas como elementos fundamentales en la creación de pensamiento compartido.

A esta labor deberemos dedicarnos en los próximos años y esta debería ser, a nuestro juicio, una de las principales tareas de la Junta entrante. Para ellos solicitamos la comprensión y colaboración de todos los socios, en el bien entendido que no son sino la punta del iceberg y que sus éxitos y fracasos y por tanto la responsabilidad en la gestión es atribuible a todos.